

y aunque los sitiados intentaron varias salidas, los sitiadores rechazaron siempre con fortuna. El día 22 de agosto comenzó el bombardeo, y una semana después una gran parte de la ciudad baja estaba convertida en un montón de ruinas.

Todo hacía pensar que la rendición de Belgrado sería cosa de poco tiempo, cuando la presencia del grueso de las fuerzas enemigas vino á retardarla.

El nuevo gran visir Chalil-Bajá había concentrado en Servia su ejército, tan numeroso por lo menos como había sido el del año anterior; y en vista de que su tentativa para hacer abandonar al caudillo imperial el asedio de Belgrado, para

lo cual dirigió sus ataques contra el Banato, no tenía resultado, se resolvió á marchar con todas sus fuerzas hácia aquella plaza para hacer levantar el sitio de la misma. Allí llegó en los últimos días de julio, é inmediatamente estableció su campamento enfrente del de Eugenio, formando un vasto círculo, desde donde comenzó en seguida un terrible cañoneo y todos los preparativos necesarios para un gran asalto general.

Crítica por demás era la situación de los imperiales: enfrente el ejército turco, con dobles fuerzas que ellos, casi tocándoles, aumentando todos los días sus atrincheramientos



Construcción de una batería de sitio á principios del siglo XVIII  
Facsimile del grabado de Juan Augusto Corvinus. Dibujo original de P. Decker el joven († 1742)

y aperebido para el asalto en el momento más impensado; detrás la plaza de Belgrado, y á derecha é izquierda el Save y el Danubio. En caso de una derrota, la retirada había de ofrecer por consiguiente las mayores dificultades; pero Eugenio apenas contaba con este caso. Permanecer más tiempo en esa situación era imposible, y esperar el asalto de los turcos y aceptar una batalla defensiva ofrecía gravísimos inconvenientes; así es que el general imperial decidió no despreciar las ventajas que en todas ocasiones le había reportado el tomar la ofensiva y atacar al enemigo en sus propias trincheras sin cuidarse de su superioridad numérica. Confiado en la superioridad de su dirección y de las tropas que á sus órdenes tenía, puso sus fuerzas en orden de batalla: el general turco, que hubiera podido anticiparse, dejóle la grandísima ventaja de la iniciativa.

El día 16 de agosto de 1717 se trabó la reñida batalla de Belgrado, cuyos pormenores no hemos de relatar, y en la cual se patentizó una vez más lo que podía, aun siendo inferior en número, un ejército de Occidente, capitaneado por un general ilustre, contra el valor salvaje de los genízaros y spahís

osmánicos. A las pocas horas de comenzado el combate, el poderoso ejército del gran visir fué arrojado de las fortificadas posiciones que ocupaba y hubo de emprender su retirada á Servia, cayendo su campamento en poder de los imperiales. Los restos dispersos del ejército turco se reunieron en Nissa: las pérdidas por él sufridas se elevaron casi á la cifra de 20.000 hombres; las de los imperiales fueron 1.500 muertos y 3.500 heridos, entre éstos el príncipe Eugenio, que recibió una herida leve.

Entonces la guarnición de Belgrado cesó en su resistencia, y aun cuando constaba todavía de 30.000 hombres, á los dos días de la batalla, es decir, el 18 de agosto, se firmó la capitulación que, como la de Temeswar, fué pactada con la condición de que las tropas podrían salir libremente. El 22 los turcos evacuaron la ciudad, que fué ocupada por Eugenio, en cuyo poder cayeron, además de la plaza fuerte, 600 cañones y toda la escuadrilla turca del Danubio.

A la conquista de la ciudad y fortaleza de Belgrado va unido hace ciento setenta y seis años el recuerdo popular de los alemanes: otros enérgicos cantos militares de aquella

época se han perdido por completo, pero la canción del «Príncipe Eugenio el noble caballero» vive todavía y su estilo ha renacido en uno de los más populares cantos de la guerra alemana de 1870. ¿Será por la importancia del suceso cantado? Sin embargo, Belgrado había sido ya anteriormente conquistada y de nuevo perdida veinte años después. ¿Será por la bondad de la poesía? No obstante, ésta no vale más que otras producciones de la poesía de campamento de aquellos tiempos (1). Quizás se debió al encanto de la sentida melodía que acompañó á la canción durante cinco generaciones.

Más sea de esto lo que fuere, no hemos de creer que el júbilo producido en los soldados por el triunfo que en aquella canción se revela fuera expresión exacta de un sentimiento general en Alemania y especialmente en los círculos políticos; pues aun cuando pudiera denominarse á los turcos el enemigo común de la Cristiandad, dadas las complicaciones del Norte y del Sur, que entonces precisamente habían llegado á su apogeo, únicamente se alegraban de una gran victoria alcanzada por los imperiales aquellos que nada podían temer del ensalzamiento del poder del emperador. El rey Federico Guillermo de Prusia, que en aquella sazón no es-



Escena de sitio á principios del siglo XVIII  
Facsimile del grabado de Juan Augusto Corvinus. Dibujo original de P. Decker el joven († 1742)

taba en muy buenas relaciones con la corte de Viena, al tener noticia de la toma de Belgrado no dejó de escribir las acostumbradas cartas de felicitación; pero al dirigirse á su amigo íntimo Leopoldo de Dessau se expresó con mal disimulado despecho. «¡Si serán cobardes los turcos—escribía con el estilo enérgico que le era habitual,—que se hayan dejado apalearse de un modo tan infame! Si los turcos, al observar durante la noche que el enemigo se formaba, se hubiesen arrojado fuera de sus trincheras, habrían introducido la confusión entre los imperiales. Pero ya está hecho—añadía con cierta resignación,—y la cosa no tiene remedio (2).»

(1) Coleccionadas por Dittfurth en *Los cantos populares de fines de la guerra de Treinta años*, etc., pág. 228. La época de la guerra de sucesión abunda bastante en estos cantos, que poéticamente no están á gran altura, siendo quizás el mejor de todos ellos el dedicado á la batalla de Turin (pág. 243). El enigma indicado por Arneht, tomo II, pág. 530, respecto del supuesto fallecido «príncipe Luis» de la canción de Belgrado no ha sido todavía resuelto, que yo sepa. La copia manuscrita más antigua de este canto data de 1719. Véase W. Tappert en el «Nuevo periódico de Música de Berlín», 1890, pág. 93.

(2) Federico Guillermo I á Leopoldo de Dessau, Potsdam 7 de se-

En medio de las alternativas de aquella lucha, los éxitos de la campaña de 1717 fueron tan grandes que á consecuencia de ellos se iniciaron formales negociaciones de paz. El gran visir nuevamente nombrado, Ibrahim, fué quien dió los primeros pasos en este sentido; y aun cuando el príncipe Eugenio tenía su ejército dispuesto para una nueva campaña, que pensaba realizar en los territorios danubianos meridionales, prefirió á la continuación de la guerra una paz ventajosa, como era entonces de esperar que se conseguiría, tanto más adelante hablaremos, prevaleció en las esferas que decidían de los destinos del país el deseo de tener libertad de acción para acudir á otros lugares.

El congreso de paz se reunió en la primavera de 1718 en la pequeña ciudad servia de Passarowitz, con asistencia de embajadores imperiales, venecianos y turcos y de plenipoten-

tiembre de 1717. Witzleben en la *Revista para la historia prusiana*, tomo VIII (1871), pág. 437. En la campaña tomaron parte dos hijos del de Dessau.

ciarios ingleses y holandeses en calidad de mediadores. El príncipe Eugenio vigiló desde Belgrado las negociaciones (1). Como de costumbre, al principio las dos partes exigieron mucho más de lo que en realidad pensaban o podían mantener: los turcos se negaban a la cesión de Belgrado, y los imperiales querían que además de esta ciudad se les diera toda la Servia y hasta Moldavia y Valaquia (2); pero al fin se convino en que las nuevas relaciones posesorias se regularían en lo esencial por el principio del *uti possidetis*. El príncipe Eugenio, al ver las vacilaciones de los embajadores turcos llevó, a cabo una gran demostración militar en el Danubio y amenazó con reanudar la guerra, a lo cual contestó el gran visir con un movimiento simulado análogo de su ejército: a pesar de ello, se firmó inmediatamente la paz.

La paz de Passarowitz (21 de julio de 1718), por las condiciones ventajosísimas para el emperador en la misma estipuladas, correspondió a las tres brillantes victorias de Peterwardein, Temeswar y Belgrado: la Puerta cedió al emperador todo el Banato, el Norte de Servia con Belgrado, una parte de la pequeña Valaquia hasta el Aluta y por último algunos distritos bosnios del Unna. Como complemento de esta paz firmó un ventajoso tratado de comercio.

También los venecianos se vieron, quieras que no, obligados a aceptar la paz: el principio convenido del *uti possidetis* les costaba la posesión de Morea, cuya reconquista no habían podido llevar a cabo y que por ende quedó en poder de la Puerta, lo propio que la isla de Candía, en donde la república había perdido sus dos últimas plazas fuertes; pero en cambio recuperó la isla de Cérigo y adquirió una porción de plazas importantes en las costas de Dalmacia y de Albania, de las que las principales eran Butrinto, que constituía un magnífico baluarte defensivo de la isla de Corfú en el continente, y Prevesa y Vonizza, situadas en el golfo de Arta, que formaban una defensa poderosa para la seguridad de las islas jónicas meridionales de Santa Maura y Cefalonia. De suerte que Venecia salió de la guerra perdiendo un territorio valioso, pero muy apartado, y ganando otros importantes y cercanos: mayores hubieran sido indudablemente las pérdidas de la república si la intervención de Austria en la lucha no hubiera distraído hacia aquel lado las fuerzas turcas.

Entretanto el emperador Carlos VI se veía envuelto en nuevas complicaciones que le obligaban a acudir a otras partes.

La paz de Utrecht había dejado sin resolver, como hemos visto, una porción de cuestiones importantes, de cuya decisión hubiera debido ocuparse. Nada más necesario que asegurar y consolidar la paz entre los dos príncipes cuya lucha por la sucesión española había sido origen de la gran guerra; pero no se había hecho así: entre el emperador Carlos VI y el Borbon Felipe V no se había firmado un tratado de paz formal, y mientras el primero seguía considerándose como legítimo soberano de España, para el segundo la posesión de Bélgica, Milan, Cerdeña y Nápoles por los austríacos no era sino un robo cometido en detrimento de los bienes inalienables de la antigua monarquía española.

La corte de Madrid abrigaba sentimientos muy agresivos, sobre todo desde que Felipe V contrajera en el otoño de 1714 segundas nupcias con la princesa Isabel Farnesio de Parma, mujer dotada de gran talento y de no menos energía y ambición. La nueva reina, que pronto fue madre de dos hijos sin probabilidad alguna de ocupar el trono de Es-

paña por tener Felipe otros de su primer matrimonio, se formó la resolución de proporcionarles mejor patrimonio del que como infantes españoles les estaba reservado. Isabel tenía ciertos pretendidos derechos de sucesión en Italia, y estando próxima a extinguirse la casa de Farnesio, adujo su derecho hereditario sobre Parma y Plasencia, como última hija de aquella familia (3). Igual derecho pretendía tener, aunque con menos fundamento, sobre el gran ducado de Toscana, cuya dinastía reinante, la de los Médicis, estaba también extinguiéndose.

Adquirir aquellos territorios para dotar con ellos a sus hijos era el deseo más vehemente de aquella mujer resuelta, y para conseguirlo habían de ayudarle los elementos de fuerza de la monarquía española.

Más para que el plan pudiera realizarse era preciso ante todo destruir el poderío del Habsburgo Carlos en Italia, plantear la cuestión italiana desde Madrid y al propio tiempo echar abajo todo el sistema establecido por la paz de Utrecht. La política española tenía a vanagloria el acometer grandes empresas; así es que mientras proyectaba descargar el golpe principal en Italia, pensaba al mismo tiempo en sentar nuevamente en el trono de Inglaterra a los Estuardos y contaba con nuevas y grandes victorias de Carlos XII en el Norte. Para todos estos planes encontró la reina Isabel un aliado de sus mismas ideas y tan emprendedor como ella en el hombre que entonces más influía en los consejos de la corona, en el sabio aventurero italiano Alberoni, paisano suyo, pues había nacido en Plasencia, y un advenedizo a quien se había conferido la dignidad cardenalicia. La reina y el cardenal lograron que el dócil Felipe V entrara por el camino que ellos se habían trazado, dando con ello origen a una porción de complicaciones europeas, a las que suele designarse con el nombre de tramas de Alberoni, por ser éste quien hubo de pagar su fracaso, a pesar de que en ellas tuvo Isabel Farnesio tanta parte cuando menos como el cardenal.

Solo muy ligeramente nos ocuparemos de estas complicaciones (4), que comenzaron por la violación de paz audazmente cometida por los españoles. Mientras los ejércitos del emperador estaban empeñados en su lucha contra los turcos, una escuadra española efectuó en agosto de 1717 un desembarco en Cagliari, la capital de Cerdeña, venciendo en pocas semanas a las débiles guarniciones de las plazas fuertes y conquistando toda la isla. Mas con esto no se había conseguido gran cosa: la conquista de aquella isla de escasa importancia no era suficiente para destruir en Italia el poder del emperador, quien en vista de lo ocurrido, se apresuró entonces a firmar la paz con la Puerta. Las activas negociaciones diplomáticas que Francia e Inglaterra entablaron con el intento de conjurar la tormenta que amenazaba estallar, se estrellaron ante la arrogante tenacidad de la corte española, que formuló las más exageradas exigencias. En julio de 1718 España organizó una nueva y formidable expedición por mar, que tampoco se dirigió a Nápoles, pues su objeto era efectuar un desembarco en Sicilia, el reino del duque Víctor Amadeo de Saboya. Palermo fue tomada tras una corta resistencia, y Mesina, aunque se defendió más tiempo, hubo al fin de capitular en 25 de setiembre, apoderándose los españoles poco a poco de toda la isla, cuyos habitantes ayudaron gustosos a los nuevos conquistadores contra el impopular régimen piomontés. Esta conquista ha-

(3) Como hemos visto anteriormente, el Papa y el emperador pretendían ambos principados, por considerarlos feudos de la Iglesia aquél y del Imperio éste.

(4) Véase Oncken: *Epoca de Federico el Grande*, tomo I, pág. 48; O. Weber: *La cuádruple alianza de 1718* (Viena y Praga, 1887).

bia de ser el punto de apoyo de la palanca que derribara el estado de cosas existentes en la Italia continental.

Todo esto se llevó a cabo con valor temerario y con grandes aprestos. Alberoni con su sabia administración logró en los pocos años de su gobierno realizar hasta un punto asombroso, así financiera como militarmente, a la nación española desde hacia mucho tiempo debilitada y tan decaída materialmente. Pero la empresa acometida carecía de la base de un cálculo político sólido y de alianzas con cuyo apoyo pudiera contarse. La España de Alberoni se atrevió a arrojar el guante a la Europa de la paz de Utrecht, sin contar siquiera con la ayuda de un aliado de mediana importancia.

Por el contrario, las potencias europeas verdaderamente influyentes formaron inmediatamente una alianza para rechazar cualquier ataque de España contra las creaciones del congreso de Utrecht y mantener éstas en toda su integridad. Inglaterra y Francia fueron las primeras en ponerse de acuerdo (diciembre de 1717); Carlos VI entró en la alianza en agosto de 1718, y lo propio hicieron al poco tiempo Holanda y finalmente el duque Víctor Amadeo de Saboya. No era de suponer que esa cuádruple alianza de 1718 se fundara sin condición alguna y con la sola mira de humillar a España y de realizar el poder imperial en Italia: también en ella había intereses encontrados, y la política inglesa se esforzaba especialmente por crearse una situación conciliadora entre las otras potencias. El programa de la cuádruple alianza tendía, en lo esencial, a que Carlos VI hiciera el para él duro sacrificio personal de reconocer a Felipe V como rey legítimo de España y de renunciar formalmente a los derechos que pretendía tener sobre esta nación y que según todas las probabilidades nunca había de conseguir hacer efectivos. Además era preciso que el emperador se conformara con reconocer el derecho hereditario de los Farnesios sobre Parma y Toscana, merced a lo cual la sucesión en estos territorios sería para el primogénito de la reina Isabel, el infante Don Carlos: esto cuando menos conseguiría la reina española para sus descendientes. En cambio convinieron los aliados en que Víctor Amadeo de Saboya cedería al emperador la isla de Sicilia, recibiendo en compensación la de Cerdeña con el título de rey. En cuanto a Felipe de España, se le exigía que renunciara a todas sus pretensiones sobre los Países Bajos y sobre las posesiones habsburguesas, Sicilia inclusive, y que reconociera a Víctor Amadeo como rey de Cerdeña.

Más como la corte de Madrid no se hallaba en manera alguna dispuesta a acceder a tales exigencias, fue preciso apelar a las armas para hacerlas efectivas. La conquista de Sicilia no fue empresa fácil, pues si bien el almirante inglés Byng destruyó en el combate de cabo Passaro (11 de agosto de 1718) una gran parte de la escuadra española, el marqués de Ledesma, jefe de la expedición española, defendió la isla con gran tenacidad. El ejército español que allí combatía reverdecía los agostados laureles de otros tiempos, y los más famosos generales del Imperio que a Sicilia fueron enviados, como Mercy, Zumbungen y Bonneval, reconquistaron, es cierto, Mesina y su ciudadela; pero fuera de esto, pocos éxitos alcanzaron. Mas cuando, siguiendo el ejemplo de Inglaterra y Austria, Francia empuñó las armas para sostener las exigencias de la cuádruple alianza; cuando un ejército francés al mando del mariscal Berwick pasó el Bidasoa y penetró en España por el Norte, la corte de Madrid comenzó a perder la confianza, y comprendiendo su absoluto aislamiento enfrente de una poderosa coalición, decidió deponer su actitud en espera de tiempo y ocasión mejores. Alberoni fue destituido y desterrado de España (diciembre de 1719), merced a una intriga cortesana secretamente dirigida por

lord Peterborough, y el rey Felipe V aceptó la paz con las condiciones impuestas por los aliados (enero de 1720) y entró formalmente en la cuádruple alianza, evacuando en mayo de 1720 las islas de Sicilia y de Cerdeña, que aun no habían podido conquistar sus enemigos.

Para el emperador Carlos VI no era un resultado satisfactorio que la casa de Borbon, con la expectativa del infante don Carlos, el primogénito de la reina Isabel, a la herencia de Parma, Plasencia y Toscana, sentara de nuevo su planta en la península de los Apeninos; pero entonces no pudieron calcularse las funestas consecuencias que esto había de tener quince años después. Por de pronto el fracasado intento redundaba en gran ventaja para él, puesto que Austria, a cambio de Cerdeña, posesión incómoda y poco útil, recibía la isla de Sicilia, rica y bien situada, quedando de esta suerte unido nuevamente el reino de las Dos Sicilias y pudiendo el emperador considerar como dominio propio sus posesiones del Sur de Italia redondeadas con aquella adquisición.

Merced a sus nuevas conquistas en Hungría, en los vecinos territorios danubianos y en Italia, la casa de Austria poseía un imperio de una extensión como hasta entonces nunca había alcanzado.

#### CAPÍTULO IV

##### PAZ EN EL IMPERIO, DISTURBIOS RELIGIOSOS Y TRABAJO DE LA CIVILIZACION

Casi durante treinta años había Europa sufrido las calamidades de incesantes guerras, cuando en 1720 se inició al fin un nuevo período de paz.

Príncipes y pueblos de Alemania habían tomado parte en aquellas luchas, y de éstas habían sido teatro algunos territorios alemanes: Suabia y el Palatinado habían padecido devastaciones sin cuento; en Sajonia había reinado como soberano durante un año un conquistador extranjero, y en Pommerania y Mecklenburgo habían establecido ejércitos extranjeros sus cuarteles. Pero en una cosa se diferenciaba aquella segunda guerra de treinta años de la del siglo XVII: Alemania había dejado de ser el indefenso botín de las naciones inmediatas; y pesadas las victorias y las derrotas, las ganancias y las pérdidas, algo resultaba en favor de ella.

Hasta que estalló la lucha de sucesión en Polonia, quince años transcurrieron sin que el suelo alemán fuese teatro de guerras y sin que las potencias alemanas empuñaran las armas: también en el resto de Europa reinaba aparentemente una paz completa. En todas partes se notaba el agotamiento material, y únicamente proseguía en sus incesantes trabajos la agitada diplomacia, ocupada en combinaciones políticas siempre nuevas, cual si subsistiera en los espíritus y no quisiera entrar en reposo la sobreexcitación de las pasadas décadas. Fue aquel un período de negociaciones y tratados, de congresos sin resultado y de ineficaces alianzas (1). Nada parecía consolidado en aquel nuevo orden de cosas tan laboriosamente establecido, y sin embargo, en parte alguna surgió una energía resuelta que osara derribarlo. Todo el movimiento de aquel período se redujo a un juego animado, pero en el fondo vacío de impotentes veleidades de los gabinetes y de intrigas políticas, hasta que se produjo una explosión en sentido absolutamente inesperado con la cuestión de Polonia que, bien estudiada, tuvo más importancia

(1) «A decir verdad, será difícil encontrar en la historia un siglo semejante al presente, tan fecundo en acontecimientos, alianzas y tratados tan inmediatos como opuestos unos a otros.» Relación de Daniel Bragadin (1733) en las *Relaciones de los embajadores de Venecia respecto de Austria*, de Arneht, pág. 75.